

Un día sin paraguas

Contra, entre y con
las combis, colectivos y camiones
corren los chamacos de la calle.

Payasos infantiles, maromeros desnutridos, actores del asfalto, traga fuegos alquimistas que transforman el esmog en dragones inflamados que despegan de sus labios y se extienden a mínimo tres metros en el aire antes de que la seca indiferencia de la atmosfera los consuma, más bien se los trague.

Vagos desplazados, magos callejeros, fieles peregrinos de la lucha. En el metro bailan, cantan, venden cremas, venden dulces, venden libros, venden tortas, venden música. Ellos le cantan a la patria, le cantan a San Judas, le cantan a la barra, le cantan a los muertos, a la madre, a diciembre y a los Pumas, a Don Ramón, Señor Barrigas, a La Popis y a cualquier evento de alto consumo o actividad social que siga.

Para ellos la vida es un vender, constantemente echarle kilos, más nunca han leído sobre aquel mejor vendedor del mundo.

Una ventana rota, una golondrina pelona que no se queda ni se va, un altar sin alabanza, una pluma deshilada, un alambre enmohecido, la roña y la viruela, esa es la esperanza.

Soñando en un mejor ahorita, porque mañana igual no llega, en un bolsillo esconden el hambre y en el otro esconden el miedo y la pena. Su estrella de salvación, el semáforo, siempre fieles a luz, buscando lo que caiga y esperando que no llueva.